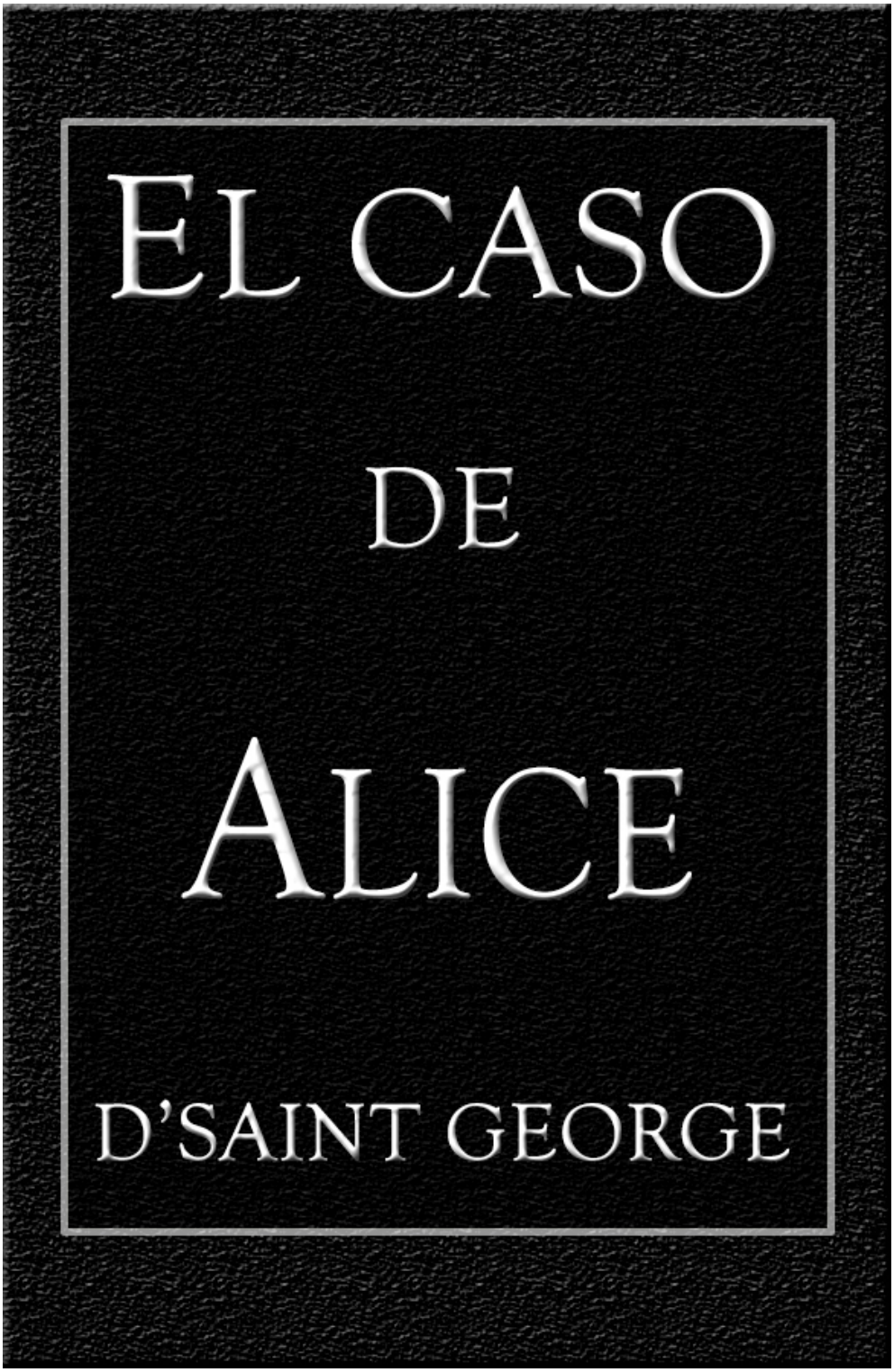
El caso de Alice d'Saint George (nuevo cap. III)

Ente



Capítulo 1

EL CASO DE ALICE D'SAINT GEORGE

...

Me llamo John Walker, y la historia que a continuación os voy a contar está basada en hechos reales, tan reales que ocurrieron en el otoño de 1992. Un año después de haberme casado con el amor de mi vida, Camille. Por aquel entonces, yo tenía 28 años, mi propio negocio de herencia familiar, obtenía suficientes ingresos para ser un hombre honrado e independiente, mi vida era monótona pero de nada me podía quejar.

Todas las mañanas a las 7:45 AM, detenía mis actividades y hacía esperar a mi clientela, fueran quiénes sean, para preparar un recado especial. Me aseguraba de empaquetar un croissant recién hecho, tostado por arriba, pero poco hecho por dentro. Después de cierto tiempo, conocía la rutina y los gustos culinarios de esa preciosa mujer que visitaba mi panadería a la misma hora, todos los días.

Nuestro encuentro duraba pocos minutos, pero fueron más que suficientes para crear entre nosotros una cotidiana complicidad; hasta que verla todos los días se convirtió en una vital necesidad. Nos dábamos los buenos días, le entregaba su desayuno y ella sonreía. La escena se repetía cada día y me atreví entonces a dar un paso más allá, le pedí una cita, y a los seis meses después, éramos marido y mujer. Fue amor a primera vista; pero no es mi vida sentimental la que vengo a relatar, sino lo que ocurrió al año de estar casados.

Un punto de inflexión en mi vida que aún lamento. Aún lo recuerdo con escalofríos y, si bien ya hace más de treinta años del suceso, parece como si hubiese sido ayer. Jamás olvidaré su rostro, sus lágrimas agolpadas en sus sonrosadas mejillas. Su expresión de profundo terror y desconcierto que aún perturba mi descanso por las noches, aun cuando soy un anciano con problemas de memoria. El doctor me dijo que estaba comenzando a desarrollar la ‘enfermedad de los viejos’, como la llama a veces mi hijo John; esto es, el Alzheimer. Y es que, aunque nos llamamos con el mismo nombre, mi hijo y yo poco tenemos en común. Él se parece más a su madre.

Como iba diciendo, yo era feliz en esa época. Camille y yo compramos una casa a las afueras de la ciudad, pero solo a cuarenta minutos en automóvil hasta el centro urbano, donde nos aprovisionábamos habitualmente de lo necesario. Vivíamos como reyes, aunque también trabajamos duro, y

mucho, para tener las comodidades que queríamos. Mi mujer apenas pasaba tiempo en casa. Pensábamos en tener un hijo, pero Camille no se sentía preparada. Su trabajo como enfermera en el hospital le producía demasiado estrés, al contrario que mi aburrida rutina en la panadería.

Yo siempre fui perezoso, no me gustaba estudiar, ni fui a la Universidad, me gustaban los deportes pero siempre quise ser escritor. Lo más lamentable es que no tenía talento para ser atleta, y mucho menos para dedicarme a las letras, así que me conformé con vender bollos a mis vecinos, seguir el honrado oficio de mi padre, también llamado John Walker.

Cuando era más joven y mi padre aún vivía, trataba de inventar historias a la altura de los más reputados novelistas, pero no tenía imaginación, ni paciencia, ni tesón; anque me sirvieron en la conquista de Camille. Le escribí unas poesías de amor -en realidad eran una burda imitación de las rimas de algún antiguo compositor- de las cuales ahora me avergüenzo, y así fue como seduje a mi mujer. No tenía don con las palabras, pero ella me quería y a mí me sobraba pasión. A mi esposa le encantaban, y creo que aún las guarda en una caja bajo la cama. Pero no me desviaré del tema, como dije, en esa época era feliz, increíblemente feliz, salvo el anhelo de tener un hijo y esa espina que no se iba de mi interior, el sueño de ser escritor.

Fue en ese periodo de recién casados cuando decidí volver al hábito de la escritura y lo hice por varios motivos. El primero de todos ellos porque me aburría con las largas ausencias de Camille -cuando debía cubrir los turnos de noche en el hospital- pero ahora con el tiempo, y tras haber pensado mucho en ello, sé que la principal razón que me motivó fue un día que miraba el televisor: en el noticiero del caso de ‘Alice de Saint George’.

Una de las desapariciones más sonadas de la época, causó una gran conmoción y acaparó la atención de todos los medios de comunicación: radio, prensa, televisión, hasta en las cajas de cereales aparecía la foto de la pequeña, y es que Alice ya era famosa antes de haber sido secuestrada. Su caso era sorprendente, porque apartando el hecho de que era una inocente niña de 9 años, era conocida por tener un gran talento artístico. Había ganado varios concursos locales, incluso a nivel nacional, era toda una súper estrella en su colegio, rebosaba talento y desde luego, tenía un futuro como artista, pero su vida se truncó ese otoño de 1992.

Todo el mundo hablaba de ello, estaba en todas partes, carteles de Alice hasta en mi panadería. Todo Saint George se volcó en su búsqueda, su familia estaba desesperada, en las cafeterías, a primera hora de la mañana, era lo primero de lo que hablaban. La policía había llevado el caso incluso a la Interpol, dado el alcance e impacto que había tenido en aquella localidad la desaparición. Todos los días, durante al menos un

mes, informaban en los medios sobre Alice, las pesquisas de la policía científica, testimonios desgarradores de sus padres, amigos y cercanos que lamentaban la perdida.

Algunos padres se echaron a la calle en manifestación, organizaron búsquedas por la noche a las afueras del pueblo armados con linternas, temerosos de que hubiese otro rapto a un menor. El miedo y el terror se habían apoderado de la pequeña localidad, algunos padres llegaron incluso a interrogar a cualquiera que pareciera sospechoso, o deambulara alrededor de los colegios; se les fue de las manos hasta el punto en que las autoridades pidieron el cese de la colaboración ciudadana.

No había ni rastro de Alice, ninguna prueba de su desaparición, ni testigos, todo apuntaba a que la pequeña se había ido por decisión propia de su hogar a altas horas de la noche. Una retorcida especulación que no convencía a nadie y que, por supuesto, indignaba a la familia de Alice. Estaban convencidos de que su hija había sido secuestrada, supongo que se preguntaban cómo iba a irse de casa una niña tan pequeña y tan inocente, con un futuro tan prometedor.

Yo también me lo preguntaba y creo que con tanto 'boom', algo de esa histeria y proclama colectiva terminó por influir mi subconsciente. Teniendo en cuenta que me sentía solo, quería tener descendencia, crear mi propia familia y mi mujer me daba largas; pensar que había suelto un secuestrador me ponía muy nervioso, puede que sencillamente el misterio que encerraba el caso, me hubiese conmovido en lo más hondo de mi ser.

La desaparición de Alice llegó a traumatizarme. No lo sé.

La cuestión es que, me absorbió a límites que no creería si me lo contaran y me mantuvo ocupado algún tiempo. Esta historia nadie la leerá, en cuanto termine de escribirla echaré el manuscrito al fuego y así, en una especie de ritual ancestral improvisado, quemaré todo rastro del recuerdo de Alice de mi memoria, o lo que queda de ella. No lo puedo soportar más. Estos recuerdos persisten en mi mente enferma y deteriorada, a veces incluso no recuerdo el nombre de mi esposa Camille, pero sí el de Alice.

Nadie sabe que sufro esta pesadilla desde hace más de tres décadas. Comenzaré por el principio, si mi escasa memoria me permite recordar:

Fue una noche a las 4:00 AM.

Dormía junto a mi esposa, resguardados bajo las mantas del inusual viento que se había levantado esa jornada. Cuando el sol se ocultó en el horizonte, terminábamos de cenar, un exquisito pavo al horno, con cebolla y zanahorias, recuerdo que una potente ráfaga de viento rompió el cristal

de una ventana y mi mujer se asustó, pero pronto la tranquilicé, sellé la apertura por donde entraba la implacable ventisca y fuimos a descansar.

De madrugada, un acusante dolor en el pecho me despertó, yo estaba en plena forma en aquella época, creo que era algún tipo de angustia por ese viento que no me dejaba conciliar el sueño, o el estrés que me contagiaba mi propia esposa cuando llegaba del hospital. El temporal movía las tejas rojas del tejado, pareciera que iban a romperse de un momento a otro, sonaban las hojas caducas de los árboles, rechinaba la madera del parqué; había una colección de sonidos enloquecedores que perturbaban el silencio de la noche. No podía dormir, realmente recuerdo que sentí un gran malestar sin saber cuál era la causa, así que bajé al salón y me senté en mi cómodo sofá de piel, que aún conservo.

Encendí el televisor y ahí estaba ella… Alice, un reportaje sobre su desaparición. Los tertulianos, que lo sabían todo pero eran expertos en nada, especulaban y comentaban el caso de la pequeña pintora de Saint George, hablaban con naturalidad de la devastación que estaba sufriendo su familia, que según pasaban los días, la lógica se les imponía, y perdían la esperanza de encontrarla.

Me sorprendió que, pese a la gran pena que debían estar sufriendo por la ausencia de su única hija, por no saber si seguía viva o muerta, además lidiaban en los juzgados por denuncias que la propia familia había hecho a la prensa, y a algunas cadenas de televisión. Aludían en su defensa a que los medios de comunicación trataban el delicado secuestro de una menor con irresponsabilidad, de manera sensacionalista y para hacer de la tragedia un negocio. Y es por este hecho que el caso obtuvo tanto revuelo. Sin lugar a dudas, habían fomentado la inseguridad y acrecentado el miedo en los habitantes del pequeño y apacible pueblo donde vivíamos, y entre tanto, la niña no aparecía.

Mientras perdía el interés por lo que decían, apagué el televisor y otra vez me asoló ese profundo dolor en el pecho, debajo del esternón. Notaba que algo comprimía mis pulmones, y los cristales de las ventanas seguían temblando, retumbaban por el paso de un imprevisto tifón. Fui hacia mi escritorio, no puedo explicar por qué, ni qué me empujó a hacerlo, pero de repente, dejé la taza de té que me había preparado, cogí una pluma del cajón y comencé a escribir.

Olvidé las sensaciones físicas que sentía en mi cuerpo, aquel dolor y esa inexplicable desazón para concentrarme en lo que estaba esgrimiendo mi mano, resueltamente lo hacía sin que yo la guiara. Presté atención a la descripción:

"... Un lugar húmedo, oscuro, horroroso por un insoportable y fétido olor

de desechos en descomposición..."

Dejé que mi mano continuara escribiendo aquellas palabras, eran palabras que fluían por sí solas, se encadenaban con ritmo y tino, brotaban de mí sin esfuerzo con una naturalidad pasmosa, como si siempre lo hubiera hecho, como si fuera un gran escritor. No dudé en seguir, me sentía emocionado y leer lo que escribía acrecentaba en mí el ineludible deseo de seguir.

"... Se podía apreciar en la lejanía el rechinar de las ratas, agua correosa cayendo en todas direcciones, un lugar espantoso, ajeno a la vida donde se respiraba una malsana insalubridad..."

Juro por el mismísimo Espíritu Santo y por Dios, que creaba una gramática perfecta llena de adjetivos que ni conocía, ni usaba en mi habla vulgar. Estaba absolutamente sorprendido la primera vez que me ocurrió, y no encontré explicación, pero eso no era lo aterrador -que mi mano se moviera por voluntad propia y escribiera sin tener la más remota idea- lo más enloquecedor era el significado de todas esas letras.

Comencé a relatar sobre un desconcertante y perturbador lugar, a mi mente sus características llegaban como un flash.

-->

Capítulo 2

Veía con mucha claridad ese pasillo angosto y oscuro, las goteras de agua caían por todas direcciones y el sonido del chapoteo era lo único que se podía escuchar. Parecía un desagüe, o quizás un entramado laberíntico de alcantarillas, donde la luz apenas llegaba, donde solo las ratas y otras alimañas podían habitar. No estaba muy seguro qué era ese lugar, siquiera sabía si existía en la realidad, pero me producía mucha ansiedad cuando pensaba en ello y un irremediable deseo por saber más.

Cada noche me ausentaba de mi reposo para volver al escritorio, a esos fragmentos inconexos que escribía como un autómata; a esas palabras, a esa historia que mi propio subconsciente albergaba sin yo saberlo. Me traumatizaba durante el día, no podía concentrarme en mis tareas cotidianas, vivía despierto en mis pesadillas y cuando el sol se escondía, se volvía a repetir la secuencia. A saber, escribía noche tras noche durante algunas horas, y luego regresaba a la cama. Al despertar, no tenía ningún recuerdo previo, ni posterior, de aquellas historias o imágenes que venían a mi mente, lo que ahora me lleva a pensar que quizás esos episodios tuvieran algo que ver con la enfermedad que, poco a poco, voy padeciendo.

Mi memoria ya casi está perdida, pero antes de ser considerado un viejo que desvaría, pondré a disposición aquellos fragmentos que escribí hace más de treinta años para lograr credibilidad a mi historia que, podría considerarse, como poco, la fábula de un loco sin remedio. Sin embargo, me he propuesto entender qué es lo que me motivó a salir de casa el 8 de diciembre de 1992, en pleno invierno y con la alerta de una fuerte nevada a los 40 días de la desaparición de Alice y, para ello, reuniré todos estos párrafos que guardan relación porque -ni aunque yo mismo lo creyera- ahí estuvieron desde el principio las claves de la desaparición de la menor:

"Una macabra risa se escuchó en aquella oscuridad donde nada deseable se podía encontrar. La criatura abrió la boca alcanzando una longitud sobrenatural. Deformó su grotesca mandíbula como lo haría una serpiente; aunque esta era de proporciones poco usuales, repleta de dientes afilados con al menos tres docenas, preparada para engullir lo que parecía una forma humanoide."

...

"Esa voz irrumpía en mi cabeza, esa voz de tinte metálico y melodioso, era realmente inquietante. Su timbre, el sonido de sus inimaginables cuerdas vocales, me hacía dudar, me tentaba a entregarme. Esa voz del averno más tortuoso, pertenecía a la babosa reptante, a la serpiente sin escamas, miré hacia ella y allí estaba; permanecía estática, dominada por el miedo. Sufría una lucha en su interior, una batalla psicológica sin parangón. Era demasiado débil y mi destino pendía de su pequeña voluntad."

...

"Lo había creado, era la artífice de su propio horror. Aquel monstruo conocía su mente, pero su propósito era inexplicable, sencillamente no se podía asumir sin perder la cordura."

...

"Se escuchó un grito desolador, capaz de perforar el tímpano de la mayoría de los seres vivos. Se vio rodeada de una neblina cuasi dorada que, al parecer, brotaba de su repugnante cuerpo gelatinoso. En milésimas de segundos, se congeló aquella aberración y de repente... pareciera que se rompía en mil pedazos; hubo una explosión y luego solo silencio."

...

Cuando al fin remitió mi empecinamiento automático e involuntario por escribir de madrugada, y ocultar mis escarceos nocturnos a mi esposa y a todo el que me preguntara, me concentré en estudiar cada palabra, cada frase de aquellos párrafos sin encontrar un motivo plausible a tan pretenciosas metáforas carentes de significado. Parecían sacadas de algún estrambótico cuento de terror de segunda categoría, ficción del montón.

Escribí muchos más, pero al día siguiente los destruía en un impulsivo arrebato, en un acto de proteger mi propia salud mental, que ya en esa época era cuestionable. Pensaba, en mi propio delirio, que era una frustración -por no ser escritor- lo que me obligaba a escribir sandeces a escondidas, tonterías que no tenían ningún sentido para mí, ni lo tendrían para alguien que conservara un sano juicio.

No eran fábulas para niños, ni una vulgar historia de terror, eran divagaciones sin control; así supuse que aquellos fragmentos pertenecían a relatos diferentes, quizás los leyera en alguna parte, en el periódico, o en algún cómic de superhéroes, y así mi inestable memoria los reproducía a altas horas de la noche con un propósito ajeno a mi conocimiento y al

hacer de una persona convencional.

Me producían miedo, y jamás hablé de ello. Intenté olvidarlo por mucho tiempo, y para lograrlo, escondí todos esos papeles, lejos de la vista de mi esposa. Mi paz solo duró unos días, pues a la escritura automática se le unieron terribles pesadillas que me sobrecogían cada noche, y a la par, me resultaban paradójicamente familiares.

Capítulo 3

Las visiones se sucedían cuando alcanzaba el sueño profundo, cuando una hilera de imágenes se arremolinaban a mi alrededor, aparentemente inconexas y producto de aquellas pesadillas que parecían demasiado vívidas para ser irreales. Me causaban un gran desasosiego al despertar, y aunque apenas podía recordar aquellas vivencias orínicas en su totalidad, mi memoria almacenaba algunos detalles, como si quisiera hacerme partícipe de alguna verdad inconmesurable que, ciertamente al pensarlo con detenimiento, resultaba cuanto menos escalofriante.

Entre aquellos recuerdos que podía rescatar, se observaba un devenir de escenas. Un bosque de árboles deshojados bajo el manto de una noche cerrada, un camino de raíces entrelazadas conducían a través de una ladera hasta alcanzar la cima de una montaña. En su cumbre se alzaba un pilar de piedra, muy parecido a los dólmenes de la prehistoria, aunque estaba tan erosionado por el paso del tiempo que apenas se podía apreciar su característica forma. Imaginaba que era una estructura antigua, pero no tenía certeza alguna de mi suposición. Recuerdo que la luna brillaba en su esplendor, iluminando con su tétrica luz la pétrea visión.

La imagen desaparecía, y rápidamente se sustituía por otra.

En esta segunda parte, alguien corría a través de esos caminos boscosos, una forma humanoide cuyo cuerpo era menudo, otra figura la seguía, parecía la de algún animal, de espeso pelaje y robusta forma, pero pese a que me encontraba a cierta distancia y no podía distinguir con exactitud sus proporciones, debía superar con creces las dimensiones de los osos autóctonos. La visión me sobrecogía hasta el punto en el que yo mismo comenzaba a correr en mi sueño, imaginando que aquella bestia lograría alcanzarme, al igual que trataba de hacer con la víctima que perseguía.

Corría y corría, faltando oxígeno en mis pulmones, huyendo de la sensación de ser capturado y devorado vivo. El horror continuó hasta que me topé con la entrada de una cueva, pensé que era un lugar perfecto para esconderme, vertiginosamente descendí por unos túneles que solo Dios sabe lo oscuros y malolientes que eran. Mi angustia crecía conforme avanzaba en la penumbra de la caverna, y algo en mi interior me advertía de un peligro inminente, pero no podía retroceder, y por suerte, lo que provocaba esa sensación de alarma jamás cobró forma en mis sueños.

Mi pesadilla se repetía y se detenía en el mismo punto.

Tantas veces la sufría a lo largo de la noche, durante al menos dos semanas, que decidí recabar información acerca de aquella bestia bípeda que me perseguía.

Me acerqué a la biblioteca con la intención de documentarme acerca de la zoología que habitaba la cadena montañosa de Saint George. Para mi sorpresa, en las cumbres se podían encontrar desde águilas hasta cabras. En las planicies más bajas habitaban ciervos, zorrillos y jabalíes. Pero no había osos, se encontraban muy al norte, tampoco había depredadores que encajaran con las dimensiones de la bestia que buscaba. Los lobos hacía ya mucho tiempo que habían sido extinguidos por los cazadores y, sobretodo, por la gente que vivía de reses en el campo.

Mi infructuosa búsqueda no me detuvo, sino que me llevó a una obsesión creciente, según volvía cada noche a ser víctima de mi propio subconsciente, y sus caprichosas maneras de mostrarme mis más retorcidas fobias.

CONTINUARÁ...